



ILUSTRACIÓN: SOBRE IMAGEN DEATH TO STOCK

CRUSTÁCEOS

ANA MARÍA CRESPO

Ya no es la isla la que se separa del continente, sino el hombre quien se encuentra separado del mundo al estar en la isla

G. Deleuze

Descifrarás todos los enigmas que deje el río al pasar

Virus

Hay que poder hacer algo con la tristeza. Trenzarse el cabello, salir a dar paseos esporádicos, comer cosas cítricas, escribir notas personales, pero nunca se debe de correr el riesgo de verse frente a un espejo. Si no se puede evitar, si esta regla se viola, es necesario abandonar la habitación, la casa, el barrio donde se aloja ese espejo familiar que ha grabado nuestro rostro descompuesto. Una expresión de desolación puede anidar en los espejos por meses, pero su efecto es menos pernicioso luego de

las setenta y dos horas. Si decides volver debes cubrirlo con una manta oscura y el lugar será habitable nuevamente. La gravedad depende de las características de la mirada, de si es húmeda y si está acompañada de ojeras profundas.

Luisa cumplía a cabalidad con el perfil, violó la regla que su madre le confió para sobreponerse de los momentos oscuros. Sentirse triste cada cierto tiempo era algo inevitable para ella dadas sus condiciones: había perdido el olfato en su adolescencia y desde que no podía percibir el perfume de las flores ni el aroma despedido por sus platillos favoritos, la vida se le había vuelto un tanto lejana. Extrañaba hasta los olores desagradables, la peste emanada por las alcantarillas y el vaho hediendo de los cuerpos de los animales muertos en los callejones. Ahora se arrepentía de no haberse embriagado con todos los olores que el mundo le podía ofrecer, había sido una mujer muy selectiva, de las que contenían la respiración cuando un aroma desagradable se le aproximaba, de las que se jactaban del tiempo que podían pasar sin respirar.

Viajar le funcionó a menudo para recomponer su ánimo. Tampoco podía quedarse en esa casa con el espejo infecto, tenía que salvarse de su propia mirada, irse fuera de la ciudad, a un lugar donde la tierra no fuera firme. Pensó en la isla, en cómo sería volver sin una nariz que le sirviera de guía. No podría sentir el agua salobre introduciéndole por las fosas nasales ni los olores herbales, tendría que aprender una nueva forma de recordar los lugares.

Tenía trece años, la edad de las mariposas en el estómago y la ausencia de miedo. Su familia todavía era funcional, al menos dentro de lo que las apariencias permitían. En ese último verano que estuvieron juntos, viajaron a la isla. Un espacio inexplorado siempre resultaba exuberante y más aún si en su interior, daba la impresión de estar suspendido en medio de las aguas. Su padre contrató un guía y la animó a caminar por horas entre la humedad del bosque seco. Había que tener cuidado de no descansar las manos sobre los troncos verdes y espinosos de los ceibos. El guía se detenía cada cierto tiempo para hablarles de las plantas que observaban en el camino. El Matapalo es una especie cuya semilla prospera en los nudos de otros árboles y crece hasta eliminar a su hospedador. Lo elimina estrangulándolo con sus raíces.

—Los bosques sienten, cuidan de los suyos —decía el guía, pero algunos de su especie vulneran este supuesto equilibrio.

Estaba maravillada ante este descubrimiento, el bosque albergaba árboles asesinos, pero a nadie más pareció importarle. Tampoco les importó cuando ella se escabulló una de esas tardes y se propuso nadar hasta la isla Gallo, un pequeño fragmento de tierra que está al este de isla. No tenía la resistencia para navegar con su cuerpo por el río y eso no la detuvo. A la media hora de haber empezado a nadar, naufragó enredada entre los lechuguines y fundas de plástico. Sus padres le dijeron que un pescador que acaba de lanzar su red, alcanzó a verla mientras se hundía, y la sostuvo antes de que la corriente la devorara. Cuando le preguntaron por qué se lanzó al río sin decirle a nadie, no supo qué responder.

Estaba anocheciendo cuando llegó al muelle. Enviaron a un encargado del hotel a recogerla. Tuvo que ser analizada y llenar un breve cuestionario donde expresaba sus motivaciones para visitar la isla. Reposo, apuntó en la casilla de otros motivos, luego de no sentirse identificada con las opciones disponibles. No había vehículos a motor dentro de Santay, así que le anticiparon que tendría dos maneras de hacer el camino isla adentro: caminar o andar en bicicleta. La bicicleta era buena opción si no quería ser devorada por los mosquitos que a esas horas salían a beber la sangre fresca de los turistas. Zigzagueó sobre el camino, el sonido de las llantas se acompasaba con el canto de una lagartija que fingía ser un animal de mayor tamaño. El recepcionista era un joven delgado de mirada lánguida quien se esforzaba por ser amable. ¿Querría programar un paseo en canoa entre los manglares? ¿Le gustaría conocer a los cocodrilos? ¿Cuántas noches permanecería en la isla? Le gustaría dormir bajo las aguas, pero claro, no podría decirle eso sin que la tachen de desequilibrada.

Antes de ingresar a la habitación se preocupó de que no tuviera espejos. Ya no le quedan fuerzas para huir otra vez. Al recepcionista le pareció un tanto excéntrica su solicitud, pero había tenido que atender todo tipo de pedidos inusuales, gente que pierde la memoria y no recuerda su nombre; hombres

que solicitan alfombras especiales para orar; chicas hermosas y desordenadas que no caben en sus vestidos de cóctel y necesitan ayuda extra. Lo del espejo podía resolverse sin inconvenientes.

Una semana le pareció un buen lapso para recuperar fuerzas, por supuesto no le interesaban las actividades al aire libre, al menos por ahora que se sentía devastada. ¿Por qué había venido a la isla? No podía hilar una respuesta sensata, en la isla estuvo cerca de la muerte y esa proximidad la hacía sentirse vital. Su tristeza tardaría un par de tardes en apaciguarse y podría volver a reír como si no fuese una mujer sin la capacidad de oler el mundo. A ratos parecía a punto de salvarse de su melancolía y se reía sola pensando que al menos podría seguir evadiendo el amor. Su incapacidad de percibir las fragancias de los cuerpos masculinos y femeninos la hacía inmune a los cócteles hormonales que desencadenan el terrible ardor por el contacto. Era como estar a salvo dentro de una burbuja, en cualquier momento se podía reventar porque como es usual, el amor siempre encuentra la forma de tomar rehenes.

Estar en la isla era una forma de escapar de todo lo que le recordaba su vida en la ciudad. Escapar, pero no con la suficiente fuerza, después de todo la isla estaba a veinte minutos cruzando el río. Un lecho de tres mil kilómetros cubierto de agua. El río no era inofensivo, su turbulenta corriente fluía violenta arrastrando todo a su paso. A ciertas horas era también un ser piadoso que acogía a los suicidas que se sumergían en sus aguas y a los enamorados que dejaban frascos llenos de promesas a la deriva.

Todo lo que es para siempre empieza con una caída, así lo habían entendido en la ciudad, por eso el salto mortal desde el puente de la Unidad Nacional era la forma favorita de los habitantes para aniquilarse. Esta noticia que leyó en un periódico local la disparó a enumerar otros usos para el verbo caer. Se dijo que amar es dejarse caer en lo desconocido, aun a riesgo de salir malherido. Dormir también podría pensarse como una forma de caer en la profundidad de la cama. Padecer, sobre todas las cosas, implica un movimiento vertical, un descenso precipitado.

Luisa no ignoraba la potencia de las aguas del río, aunque desconocía

ILUSTRACIÓN: SOBRE IMAGEN DEATH TO STOCK



que bajo la turbulencia vivían criaturas silenciosas y gregarias, encargadas de purgar la desolación.

Los lugares se contaminan con los padecimientos de quienes los habitan, en esta premisa se basaba la superstición de los espejos que tanto se esforzó su madre en inculcarle. Luisa trajo consigo la enfermedad de la tristeza a la isla y su sola presencia causaba efectos destructivos por los lugares donde se movía. El trayecto entre el muelle y el hotel cobró cientos de vidas de pequeños insectos que se encontraban murmurando entre los arbustos y los árboles de pequeño tamaño. Esa noche fue silenciosa y en la quietud la isla estuvo consciente de la amenaza.

Aura, la curandera vegetal, sintió la llegada de Luisa como una punzada en su pecho. Aura estaba conectada a cada una de las criaturas y hasta a los minerales, cada vida y cada muerte se traducían como una sensación sobre su carne. Los nacimientos de nuevos insectos eran ligeros cosquilleos que se deslizaban por sus pantorrillas hasta los dedos de sus pies. La muerte de un ofidio era como un golpe seco en su vientre. El vuelo de los pájaros se sentía como suaves caricias que descendían por su columna vertebral. La muerte de un niño le dejaba el cuerpo más ligero. Aura sabía lo que se avecinaba y no temía, la sabiduría de la isla sabría qué hacer con Luisa.

Las dos primeras noches fueron igual de monótonas que los días anteriores. Luisa permaneció encerrada en su cuarto de hotel y se mal nutrió solo con líquidos. La tercera noche se encontraba más calmada. Luisa descansaba con su cabeza hundida sobre la almohada. La luz plateada de la luna llena la bañaba por completo. Sus ojos cerrados imprimían un sentimiento de paz sobre su rostro, una fachada conveniente, pues todavía persistían sentimientos desoladores que se proyectaban desde su humanidad hacia la tierra. Los cientos de golpeteos sobre la madera no la despertaron. Uno a uno se fue introduciendo por la delgada línea entre la puerta y el suelo. Caminando en

zigzag, retrocediendo y avanzando, ocuparon de a poco todo el piso de la habitación hasta que no quedó un sitio sin su presencia. Desde el aire tendrían el aspecto de pequeñas rocas violáceas agolpadas. Sus tenazas asimétricas se sacudían haciendo vibrar el aire. La virtud de tener un sueño a prueba de cataclismos mundiales hizo que su respiración rítmica no sufriera alteraciones. Los pequeños cangrejos empezaron a subir por las patas de la cama, se agarraron del cobertor de algodón, escalaron la mesita de noche y las cortinas para asegurarse un lugar sobre las sábanas alrededor de su cuerpo. Se posaron sobre cada centímetro de piel que estuvo disponible y cuando hubieron poblado toda la superficie de lo que era Luisa, trabajaron sin descanso hasta lograr la duplicación. La primera incisión la despertó de golpe, pero no pudo moverse, el peso de los cangrejos ejercía una especie de campo de fuerza que la mantenía atada a la cama. De haber podido olerlos, hubiese despertado a tiempo, los cangrejos arrastraban una fragancia marina, salada y húmeda, un olor a lodo putrefacto y azufrado.

Mientras los crustáceos trabajaban en la duplicación, Luisa soñó que estaba en la isla y que se adentraba por un sendero estrecho. Mientras caminaba como suele ocurrir en los sueños, a la expectativa de que algo emerja y la detenga, observó cientos de chivos reunidos mirándola. Los animales se dispersaron, así que continuó moviéndose. Mientras descendía por una especie de quebrada donde la tierra estaba cuarteada, un remolino de mariposas blancas revoloteaba a su alrededor. Al igual que los chivos, las mariposas no tardaron en alejarse. La última imagen que aleteaba en su memoria cuando abrió los ojos era la de un gran huevo en medio de un surco, daba la impresión de que alguien intentaba sembrarlo. Por las noches la cabeza solía llenarse de sueños inconexos que extraía y anotaba en su cuadernillo para luego diseccionar e interpretar. El día en que huyó de su casa para salvarse del espejo soñó con una habitación que se llenaba lentamente de agua hasta su colapso. Ella creyó interpretar que la habitación inundada habla de aflicciones y de alguien que la agobia. La tomó como un motivo más para irse. En cambio, sobre los animales, prefería dejar de lado la lectura clásica y hacer otro tipo de



ILUSTRACIÓN: SOBRE IMAGEN DEATH TO STOCK

análisis: los animales que se presentan en grupos numerosos son asociados con plagas o catástrofes naturales.

La Luisa que nació producto del trabajo de los cangrejos salió de la habitación antes de que su original volviera en sí. La habitación olía como un pequeño infierno. La otra escapó apresurada ante la mirada curiosa del recepcionista que no esperaba que se despertase a las seis de la mañana. Por fuera era una réplica exacta de su original, excepto que su piel no tenía cicatriz alguna. Los dobles que los cangrejos produjeron los últimos años nunca más volvían luego de su incursión en el bosque. Solo mujeres en edad fértil eran seleccionadas para este propósito. Los dobles nunca debían establecer contacto con sus originales.

Cuando despertó, el reloj marcaba las diez de la mañana. Lo primero que vio fue el reflejo de su rostro o eso creyó distinguir al pie de la cama. Era ella, Luisa, que le devolvía una mirada neutra, no temía ni estaba excitada, solo estaba. Quiso gritar, pero ahogó su desesperación colocándose la mano sobre la boca, no su mano original, sino la mano de la otra que se aproximó rápidamente para contenerla.

—Tranquila —le susurró, no voy a hacer nada que tú no harías.

Luisa mordió la mano, su mano y por sus labios un hilo de sangre azul empezó a fluir. Se apartaron. Algunos flashbacks la asediaron, cientos de cangrejos cubriéndola por completo. La otra se puso el dedo sobre los labios para insistirle que guarde silencio, la sangre azul fluía desde su herida.

—Tampoco eres la verdadera —dijo, antes de que Luisa intentará escapar de la habitación. Las duplicaciones se han ido perfeccionando con los años y ahora podemos hacer copias funcionales que huelan y saboreen sin problema, esto les permite sobrevivir el viaje hacia el interior.

Luisa la escuchaba en silencio.

—Tú no tienes olfato porque fuiste duplicada a partir de un cuerpo inerte, volver a la vida tiene su costo, volver a la isla tiene su costo —sentenció la otra.

Las réplicas tenían la apariencia humana, pero algunas habían adquirido hábitos de los crustáceos y no todas lograban cumplir su cometido. Al me-

nos una docena de ellas se quedaron en los manglares donde cavaron agujeros en el lodo para sumergirse. En esas madrigueras aguardaban a que subiera la marea para salir a cazar. Lo curioso es la forma de desplazarse que habían adoptado, con las rodillas flexionadas y el movimiento constante de las extremidades superiores. Se habían despojado del habla, solo producían crujidos solitarios que al unísono engordaban un ruido que se percibía como un crack seco. Eran inofensivas para los animales de la isla. Estaban desnudas.

Aura, el oráculo, la curandera vegetal, Aura, la mujer más antigua que sana. Aura y la isla estaban conectadas como raíces que se asientan en la tierra y abrazan las partículas de arcilla. Su labor secreta en eterna comunión con las plantas, animales e insectos privilegiaba siempre la supervivencia de todo lo que no fuera humano. Aquella vez cuando los padres desesperados buscaban un milagro para salvar a Luisa que se había ahogado en las aguas del río, Aura les ofreció una posibilidad.

Para los extranjeros, Aura era capaz de concretar relaciones amorosas que parecían imposibles, curaba a los enfermos del mal de ojo, a los desahuciados por los doctores que no podían hallar la causa de sus padecimientos. La isla y Aura también podían permitirse ciertas licencias cuando la situación lo ameritaba. La duplicación de Luisa ocurrió en medio de los manglares, el cuerpo original fue consumido por los cangrejos luego de que terminaran su trabajo.

En los años que la separaron de la isla, Luisa había incubado en su interior una sustancia que ahora la isla necesitaba. La otra violó la primera y única regla que las de su especie tenían: no establecer contacto con su original, pero solo llevándola hacia el interior podría convencerla de que ella no era producto del desvarío de una mujer deprimida. Cuando vio la degradación y agonía que su tristeza y la de otros habitantes le provocaban a los insectos, aves y hierbas vulnerables, no opuso resistencia al pedido.

ILUSTRACIÓN: SOBRE IMAGEN DEATH TO STOCK



La operación se repetía cada noche y empezaba con la réplica recostada sobre el suelo. La lividez de su rostro se acentuaba con cada succión. Cientos de avispas, mariposas, abejas, cocodrilos, raíces pivotantes, pericos, culebras, arañas, esperaban pacientes su turno para extraer de su cuerpo la preciosa sustancia azul.

Por las noches, la calma en el cuarto de hotel de Luisa era poco a poco perturbada por el sonido que las patitas hacían al entrar en contacto con la madera. Cerraba los ojos y apretaba un poco el ceño cuando sentía a los primeros cangrejos moviéndose sobre su piel.